

el Pontífice en este acontecimiento, que le habia libertado de tan peligroso vecindario, y se dispuso á regresar á Roma, donde no se habia alterado el orden, desde su marcha. Habíase mandado prender á algunos individuos de quienes se sospechaba tener correspondencias con Murat, cuyas tropas no entraron por otra parte en Roma. Durante la mansión del Papa en Génova, fué á visitar el rey de Cerdeña, invitándole á que pasase algunos dias en su capital. No pudo negarse Pio VII á esta invitacion, hecha por un monarca tan religioso, y saliendo de Génova se fué á Turin, donde recibió los mas altos honores. Bien diferente era la situacion en que habia pasado seis años ántes por esta ciudad. Tambien habia prometido el santo Padre al archiduque Francisco IV, irle á visitar en Modena, y efectivamente, á 24 de mayo, llegó allí, acogiéndole sus habitantes con vivas demostraciones de regocijo, de respeto y entusiasmo. Manifestáronse empapados de los mismos sentimientos el clero, la nobleza y el pueblo, viendo que sus soberanos les estaban dando tan distinguidos ejemplos; los cuales no creyeron abajarse, tratando al jefe de la Iglesia con las mas respetuosas atenciones. Pasó el Papa en Modena tres dias, siendo uno de ellos el de Corpus, y el dia 27 de marzo se puso otra vez en marcha igualmente satisfecho de la piedad del príncipe que de la de sus pueblos. Por último, á 2 de junio volvió á entrar en Roma, donde este Pontífice, probado con tantos contratiempos y

siempre superior á la adversidad, por su valor y su paciencia, se fué á rendir gracias á Dios, en la primera basílica de la cristiandad, tanto por su feliz regreso, como por la paz vuelta á la Iglesia y á sus Estados.

— El 9 de junio acto del congreso de Viena para la pacificacion general de Europa. Despues de tantos sacudimientos y trastornos, ya sentia la Europa la necesidad de un arreglo definitivo para conciliar los intereses diversos, reformar los abusos, arreglar la suerte de los pueblos y prevenir nuevas luchas. Tal fué el objeto del congreso que se abrió en Viena á 1º de noviembre de 1814. Halláronse en él los embajadores de todas las potencias europeas, y hasta se presentaron en persona los mismos soberanos. El emperador de Rusia, los reyes de Prusia, de Dinamarca, de Baviera y de Wurtemberg, pasaron el invierno en la capital del Austria. Mandó el Papa á este congreso, en calidad de delegado, al cardenal Consalvi, encargado de sostener los derechos de la Iglesia. Mas de seis meses duraron las negociaciones, á causa de la complicacion de los diversos intereses y de la multiplicidad de los negocios que se habian de arreglar; con todo, ninguna disidencia se halló entre los grandes monarcas que habian combatido juntos para derribar á Napoleon. Por último, despues de prolongadas conferencias entre los varios ministros, firmaron, á 9 de junio, un gran tratado en ciento veinte artículos. En este importante acto, el cual es

menester esperar, que asegurará por largo tiempo el reposo de la Europa y la estabilidad de los Estados, parecia que se habia tomado, en general, por base la legitimidad, en virtud de la cual se restituia á los soberanos lo que se les habian usurpado en las guerras anteriores. Por lo tanto no solamente volvieron á la santa Sede las Marchas y sus dependencias usurpadas por Bonaparte en 1808, el ducado de Benevente y el principado de Ponto-Corvo de los cuales se habia apoderado tambien aquel sin pretesto; sino tambien las tres legaciones de Bolognia, de Ravena y de Ferrara, las cuales habia tenido Pio VI que ceder en virtud del tratado de Tolentino. De esta suerte derrocaba la Europa reunida el edificio de la violencia y proclamaba los derechos del soberano Pontífice, de esta suerte se disiparon los sueños de la ambicion y las esperanzas de la filosofía, que se habian mancomunado para abatir el poder temporal de los Papas, hallándose la corte de Roma, á poca diferencia, en posesion de sus antiguos dominios. Solo tenia que echar de menos Aviñon, propiedad de la Francia, y Ferrara con la parte del Ferrarés que está al norte del Po, territorio muy circunscrito y nada importante. A mas de que el emperador de Austria estipuló que tendria derecho de guarnicion en Ferrara y en Commachio. Estas últimas disposiciones formaron el objeto de una protesta que hizo el cardenal Consalvi, en favor del sosten de los derechos de la santa Sede. Por lo demas, el acto del 3 de junio

se ejecutó prontamente con respecto á estos puntos, y á 18 de julio inmediato los comandantes austriacos devolvieron las tres legaciones á los comisionados del Papa, cuya autoridad se restableció en este pais al cabo de diez y ocho años de espoliacion. Las demas estipulaciones del congreso de Viena arrojan de sí bastante importancia para que las recorramos rápidamente. Establecióse entre los príncipes de Alemania una confederacion, en reemplazo del cuerpo germánico, cuya dieta debia de fijarse en Francforte. El ducado de Varsovia, que habia tenido últimamente el rey de Sajonia, quedó reunido á la Rusia, cuyo emperador tomó el titulo de rey de Polonia, solo se declaró á Cracovia, ciudad libre é independiente, teniendo su territorio. El rey de Prusia conservaba una parte de la grande Polonia, y adquiria, ademas, numerosas posesiones en el nord-este de la Alemania, y en la ribera izquierda del Rhin una estension considerable de pais, hasta las fronteras de la Francia. Los obispados católicos del norte de Alemania, que en otros tiempos habian sido otros tantos principados independientes, se hallaron bajo la dependencia de soberanos protestantes. El arzobispado de Ratisbona perdia su soberanía, y se reunia á la Suiza el obispado de Bale. De la Holanda y los Países-Bajos se formó un reino en favor de la casa de Orange. El rey de Cerdeña cedia al canton de Génova la parte de la Saboya contigua á este canton: el Austria entraba en posesion de

todo el Estado de Venecia, del Milanés, del Mantuano y del Tirol. Los archiduques Fernando y Francisco se mantenian con Florencia y Modena. Reconociase sin ninguna dificultad á Fernando IV por rey de Nápoles, y su dominio se reforzó poco despues, con el suplicio de Murat, el cual habiendo desembarcado en Calabria con algunos aventureros, para recobrar lo que él llamaba sus Estados, tentó sublevar el pais, fué preso por los mismos habitantes, encausado por una comision militar, y pasado por las armas á 13 de octubre de 1815. Habíase dado Parma y Placencia á la archiduquesa Maria-Luisa, la cual renunció toda otra pretension. Solicitaba la reina de Etruria indemnizaciones para este Estado, y se le señaló el principado de Lucques, á mas de una renta de 500,000 francos: disposicion que no mereció la aprobacion de la princesa, como que fuese una compensacion desproporcionada á sus derechos. Los artículos que suscitaron mas quejas fueron los que conferian casi la mitad de la Sajonia á la Prusia, y que reunieron la ciudad de Génova al reino de Cerdeña. No se tenia que reconvenir al rey de Sajonia otra cosa que el haber conservado por algun tiempo mas que los demas príncipes de Alemania la alianza con Bonaparte; y en cuanto á Génova, no habia sufrido menos que los demas paises los efectos de su ambicion, habiendo sido invadida. Por otra parte lo que por ventura echaron menos de ver los políticos en estos diversos arreglos de Estados,

siendo así que era lo que debian deplorar mas los amigos de la religion, fué la enorme preponderancia que adquirió el protestantismo en Alemania, y otros paises. Todos los principados eclesiásticos caian en su poder, y los pueblos mas adictos á la religion católica tenian señores de diferentes comuniones. En otro tiempo habia habido quejas acerca de la sin razon que el tratado de Westfalia habia hecho al catolicismo, dando algunas soberanías eclesiásticas á los príncipes protestantes. Mas en la del congreso, no solamente no quedaba ninguna soberanía eclesiástica, sino que todos los paises católicos del Norte de Alemania quedaban invadidos por príncipes luteranos, ó calvinistas; y fuera de Alemania, los Paises-Bajos, esa comarca tan adicta á la religion, pasaba tambien bajo la dominacion protestante. No puede disimularse, de consiguiente, que el congreso de Viena no cuidó en sus diversas disposiciones de los intereses de la fe católica. Tambien se separó sin cuidar de las necesidades de la Iglesia de Alemania, y sin decidir nada acerca de las reclamaciones que se le dirigieron, con respecto de esto, entre otras de la del cardenal Consalvi, en su nota del 17 de noviembre de 1814. Por mas urgente que fuese ocuparse en estos graves asuntos el congreso de Viena lo dejó todo *in statu quo*, y reservó, á lo que parece, estas discusiones á la dieta, que debia abrirse en Francforte, á 1º de setiembre inmediato, cuya apertura no se verificó hasta mas tarde de esta fecha.

— El 8 de julio, entra Luis XVIII en París. Tres meses hacia que estaba este príncipe retirado en Gante, á donde le habian seguido muchos súbditos fieles, que no habian querido vivir bajo las leyes del usurpador. Inmediatamente despues de la batalla de Waterloo, se puso en marcha para Francia, en la cual entró de por junto con los aliados. En vano se esforzaron los revolucionarios que tenian la autoridad en París en resistir á la vez á una fuerza estrangera y á la opinion nacional. No pudiendo contemplar sin despecho que una inmensa mayoría redujese todos sus conatos en favor de su monarca legítimo, impidieron por espacio de muchos dias á los habitantes de la capital ir á su encuentro, y entrar en comunicacion con él. Mas sus manejos facciosos tocaron muy prontamente su fin. A 8 de julio, entró el rey en la capital, y las demostraciones de alegría que dió la poblacion á su entrada no fueron menos estrepitosas que las del año anterior. Todas las clases mostraron á porfia su gozo y su entusiasmo. Los gritos, largo tiempo reprimidos, se exhalaban con mayor ímpetu, y el espectáculo no apercibido de esta entrada fué por lo mismo mas sorprendente, y conmovió mas. El dia siguiente fuése el rey á Nuestra Señora á oír misa, y á dar gracias á Dios. Por espacio de mas de un mes acudia á los contornos de su palacio una muchedumbre inmensa, ávida de columbrar por entre los balcones al rey, y prodigarle sus aclamaciones, las cuales eran mucho mas

vivas que nunca, porque se deseaba altamente aturdir y sofocar las quejas insensatas de los facciosos, que iban perdiendo su apoyo y los gritos furiosos de los amigos del despotismo. Y con todo ¿qué pretendian, qué esperanzas alimentaban esos hombres ciegos y delincuentes? Su patrono habia tenido que huir á su vez á la presencia de su monarca legítimo. Caido por segunda vez se habia rendido á Rochefort, donde esperaba embarcarse para los Estados-Unidos; mas, no pudiendo burlar la vigilancia de los Ingleses, que estaban cruzando delante del puerto, acabó por entregarse á su disposicion. Decidiéronse los aliados á desterrarlo á Santa Helena, creyendo deber conservar la vida al que habia hecho perecer á tantos millares de hombres, y contentándose solamente en tomar precauciones para que no pudiese regresar. Reducido fué su acompañamiento; guardábanle centinelas de vista, y no podia tener correspondencia con el exterior. Esperemos que su papel ya ha concluido, y que no vendrá mas á perturbar la tranquilidad de Europa con sus estravagantes empresas. Lo que estaba acaeciendo en la actualidad en Francia habia de volverle todavía mas odioso. Esos ejércitos que habia atraido á nuestro territorio se indemnizaban por medio de medidas rigurosas, de los gastos de esta nueva guerra, y de los estragos que se habian hecho anteriormente en sus respectivos paises. Permanecieron muchos meses en Francia, imponiendo contribuciones, y viviendo á espensas de

los moradores del pais. Los mismos soberanos, que el año anterior habian salido de París, no dejando en ella sino recuerdos de clemencia y magnanimidad, creyeron esta vez que era indispensable adoptar medidas de rigor. De aquí es que, á 20 de noviembre, dictaron á la Francia un tratado oneroso, por medio del cual cedia esta cuatro plazas fuertes en toda propiedad, recibia guarnicion estrangera en otras diez y seis, y se empeñaba á pagar mas de un millar, tanto para indemnizaciones, como para restituciones de las concusiones de Bonaparte. Entonces se realizaron los temores desgraciadamente harto fundados de los hombres previsores, los cuales, en medio de nuestras conquistas y del abuso que haciamos de la prosperidad, habian profetizado que serian la causa de nuestra pérdida, y que pagariamos sobradamente caro nuestro lenguaje arrogante, nuestro dominio, nuestras injusticias y nuestras rapiñas. Todo lo que es violento ó inicuo no puede durar mas que por un dado tiempo, y, tarde ó temprano, recae sobre sus propios autores. Pagáronnos con el trato y humillacion con que habiamos agoviado á los demas pueblos; se nos llevaron esos trofeos arrancados á viva fuerza, y esos objetos de arte de que habiamos despojado tantos paises para satisfacer nuestro orgullo. Muchísimos franceses gimieron, al contemplar estas cosas, siendo una mancha para la nacion; mas sin duda que la vergüenza residia menos en la venganza que se ejercia contra nosotros, que en la

causas que la habian provocado, en la altivez de nuestro language, en la tiranía de nuestros procedimientos, en nuestras exacciones, y en nuestra codicia en fin. Lo verdaderamente deshonroso no era sino el haber sublevado los pueblos con el abuso de las conquistas, y haber hecho gemir la humanidad con la mas espantosa carnicería de hombres que jamas haya ensangrentado la tierra. Tales son las obligaciones que debemos á Bonaparte y á su sistema de guerra y de engrandecimiento. A él, y solo á él, debemos echar la culpa de todo lo que tiene nuestra situacion de desagradable y penoso. Él, y solo él, es el que acarreó contra nosotros ese tratado del 20 de noviembre, y él que ha escitado todos esos resentimientos, esa desconfianza y esos odios, de que nos hallamos víctimas ahora. Por eso debia ser tanto mas duro para el rey tenerse que someter á estas condiciones tan fuertes, cuanto mas inocente se hallaba de las causas que habian exasperado á los príncipes de la Europa contra la Francia. Sin embargo, resignóse á firmar dicho tratado, no habiendo podido obtener sino á este precio que se viese su territorio libre de la mansion de tantas tropas, ruina del Estado y de los particulares. Dificil y afflictiva era la posicion de este virtuoso monarca, constituido en medio de tantas cuitas, dificultades y zozobras. Esforzábbase en apaciguar el espíritu de partido por medio de medidas de conciliacion y de suavidad, y, á pesar de todo, la exageracion, los principios revolucionarios y el

espíritu de faccion y de discordia, agitaban todavía á algunos hombres incorregibles, y el nombre del usurpador era para ellos una palabra de consigna. En algunas provincias, especialmente en Nimes y en el alto Languedoc, estallaron desagradables divisiones entre el pueblo. El año anterior, á la corta pero funesta aparicion de Bonaparte, sus amigos habian remachado en este pais el yugo sobre sus adversarios, y, á la vuelta del rey, estos se reaccionaron á su vez; hubo escesos y vias de hecho de esta parte, como los habia habido de la otra; mas parece que estas disensiones tenian mas bien un color político que religioso; pues hubo protestantes perseguidos como partidarios del usurpador y como ministros de sus injusticias. Sin embargo, la equidad del rey reprimió las vias de hecho, de cualquiera parte que procediesen, queriendo sofocar los odios con su bondad, y evitar á su clemencia la necesidad repugnante de emplear castigos; por lo cual fueron muy pocos los culpables contra cuyas gargantas cayó la cuchilla de la ley. Desterróse y confinóse á otros, siendo muchos los que se supieron sustraer por sí mismos á un castigo que habian merecido por su conducta. A 24 de julio, se publicó una ordenanza en la cual solo se designaban en toda la Francia cincuenta y cinco individuos á quienes se hubiese de formar causa. Sin duda, era imposible llevar menos lejos la severidad. Los amantes de la religion aplaudieron una carta del rey, que invitaba á los obispos á ordenar

plegarias de espiacion por los crímenes cometidos durante la revolucion. Otra carta pidió plegarias para la apertura de las cámaras; y en esta ocasion se fué tambien el rey á Nuestra Señora, con el fin de implorar el socorro del Señor en el gobierno del Estado. Abrióse esta legislatura á 7 de octubre, y las cámaras manifestaron con el mayor interés, que deseaban concurrir con el rey á las medidas capaces de asegurar la tranquilidad general. Decretáronse leyes represivas contra la audacia de los facciosos, y, corriendo un velo de indulgencia al pasado, se procuró, á lo menos, prevenir nuevas desdichas para el porvenir. Y aquí es preciso advertir, como objeto de consuelo y esperanza, que la cámara de diputados contenia muchos miembros sinceramente cristianos, y no menos curiosos é interesados en hacer reflorar la religion que en reforzar la monarquía. Hiciéronse infinitas proposiciones en favor de la Iglesia y del clero, todo lo cual dió á esperar que el gobierno y las cámaras obrarian de concierto para aumentar la influencia de la religion, y reformar los abusos que habian introducido, con respecto á ella, veinticinco años de disturbios y licencia. Este deseo es generalmente sentido, puesto que muchas provincias han depositado su confianza en diputados francamente adictos á la fe, de cuya práctica se hacen un honor; y es menester no desesperar de una nacion que, despues de tantos errores, ha sabido hacer las mas sabias elecciones, y ha depositado sus in-